

En el cumpleaños número 74 de LA NACION

# Don Eliodoro está vigente

Fundado el 14 de enero de 1917, su creador, Eliodoro Yáñez, quiso que fuera un diario moderno, pluralista y de ideas avanzadas. El fue uno de los más brillantes políticos de su tiempo.

LA NACION

El domingo 14 de enero de 1917 LA NACION salió a la calle. En su primera página nada indicaba que se trataba de un nuevo diario. Un soldado con la vista perdida en el horizonte ocupaba la mitad de sus siete columnas e ilustraba las angustias de la Primera Guerra Mundial. Bajo la foto, un artículo titulado simplemente LA NACION explicaba el sentido del recién creado matutino. En el editorial se agregaban más antecedentes sobre los objetivos del periódico. Decía LA NACION que aspiraba convertirse en "tribuna para sembrar ideas". Y que a la par con su "elevación de espíritu e imparcialidad" se proponía impedir que "los poderes públicos se apartasen de la senda de la corrección y de los principios de justicia social que deben ser la norma de toda autoridad pública".

Indicaba también que los propietarios y fundadores de este diario "prestarían especial y preferente atención a los problemas sociales que afectan a la parte de la población que representa la actividad del trabajo y del progreso económico del país; a la salud pública que necesita entre nosotros un poderoso movimiento de opinión en su favor, y al desarrollo de las industrias y el comercio como medio de fortalecer la vida nacional y asegurar nuestra independencia económica".

La diagramación era novedosa; la fotografía, abundante para aquellos tiempos; la crónica, ágil. Especial importancia se le dio desde la partida, a la sección internacional que en su primera época siguió paso a paso los avatares de la guerra. Destacó también desde un comienzo por la sección deportes, la cultura, las páginas de redacción y los titulares golpeadores.

No era un diario del Partido Liberal. No obstante, sus dueños eran senadores de ese partido que agrupaba desde el radicalismo socialista hasta el peluconismo conservador. Fue concebido en la Convención Liberal de 1915 que abrió la novedosa posibilidad de una alianza con radicales y demócratas para ganar las elecciones de 1920. Por esos

días existía la posibilidad de que Eliodoro Yáñez —brillante senador, ex ministro y diplomático— fuera el candidato. El mismo Yáñez entusiasmó a tres colegas senadores y empresarios como él para fundar el diario: Augusto Bruna Valenzuela, Abraham Gatica y Alfredo Escobar Campaña. Cada uno aportó 250 mil pesos

### AGUSTINAS 1269

Los socios adquirieron para el diario la vieja casona colonial que había sido propiedad de Francisco Bilbao, en Agustinas 1269, donde funciona LA NACION hasta hoy. Avalaron créditos para importar desde Alemania las linotipias y una moderna rotativa que podía tirar cien mil ejemplares a toda velocidad. Era un negocio riesgoso. No eran pocos los fracasos de empresas periodísticas que dejaron por esos años en la ruina a sus financistas. Estaban en la lista *La Unión*, *El Día*, *La Mañana* y la primera versión de *Los Tiempos*, que más adelante sería reemplazado como un vespertino de la exitosa empresa en que se convirtió LA NACION

En 1928 se comenzó, en el mismo terreno de la casa de Bilbao, frente a La Moneda, la construcción del nuevo edificio que hasta hoy ocupa el diario y que conserva su número. Ernesto Bianchi Tupper, cuñado de Eliodoro Yáñez fue el primer director. Le sucedió Carlos Dávila, que demostró ser un hábil y creativo periodista.

Entre los redactores de la primera época estuvieron Enrique Tagle Moreno que escribía con el seudónimo de Víctor Noir; Raúl Simon, más conocido como "César Cascaabel"; Conrado Ríos Gallardo; Joaquín Edwards Bello, Ricardo Dávila Silva, Inés Echeverría Larraín —"Iris"—, Ernesto Barros Jarpa y Luis Emilio Recabarren, quien fue enviado como corresponsal a Moscú.

### EL FUNDADOR

Eliodoro Yáñez Ponce de León —nacido en Santiago el 6 de mayo de 1860— provenía de una familia de clase media baja. Estudió sus humanidades en el Instituto Nacional y se destacaba entonces por



Eliodoro Yáñez, el fundador: "Su impulso quedó vibrando y las obras de sus manos dejaron huellas imperecederas", escribió Joaquín Edwards Bello.

una gran cabeza desproporcionada para un cuerpo enclenque. "Por esta causa la alta sociedad chilena lo consideró en sus primeros tiempos un outsider", dice Edwards Bello, que fue uno de sus discípulos favoritos.

Ingresó después a la Escuela de Derecho de la Universidad de Chile y en 1883 recibió con altas calificaciones el título de abogado. De inmediato se destacó como un brillante profesional que casi no perdía ningún juicio. En 1889 fue nombrado relator de la Corte de Apelaciones de Santiago. Y antes había ingresado al Partido Liberal, impulsado por su admiración a las ideas de José Victorino Lastarria.

Le fue fácil ganar en 1894 un sillón en la Cámara de Diputados en representación de Valdivia y La Unión. Retuvo su mandato durante tres períodos consecutivos y en 1912 fue elegido senador por abrumadora mayoría. Asimismo, fue ministro de Relaciones Exteriores, del Interior, de Guerra y Marina del Presidente Germán Riesco. Volvió a ser ministro del Interior del Presidente Juan Luis Sanfuentes. Y culminó su carrera como presidente del Senado. Perdió

de hacer hombres era asombrosa. No salían títeres de sus manos creadoras, sino hombres de una vitalidad que justificaba la marca de fábrica. Eliodoro Yáñez fue un animador, esa es la palabra exacta. Su impulso quedó vibrando y las obras de sus manos dejaron huellas imperecederas. Desde que fundó LA NACION se reveló su deseo de innovar, lo cual no le perdieron los conservadores. El diario produjo cambios fulgurantes".

### FIN DE UNA EPOCA

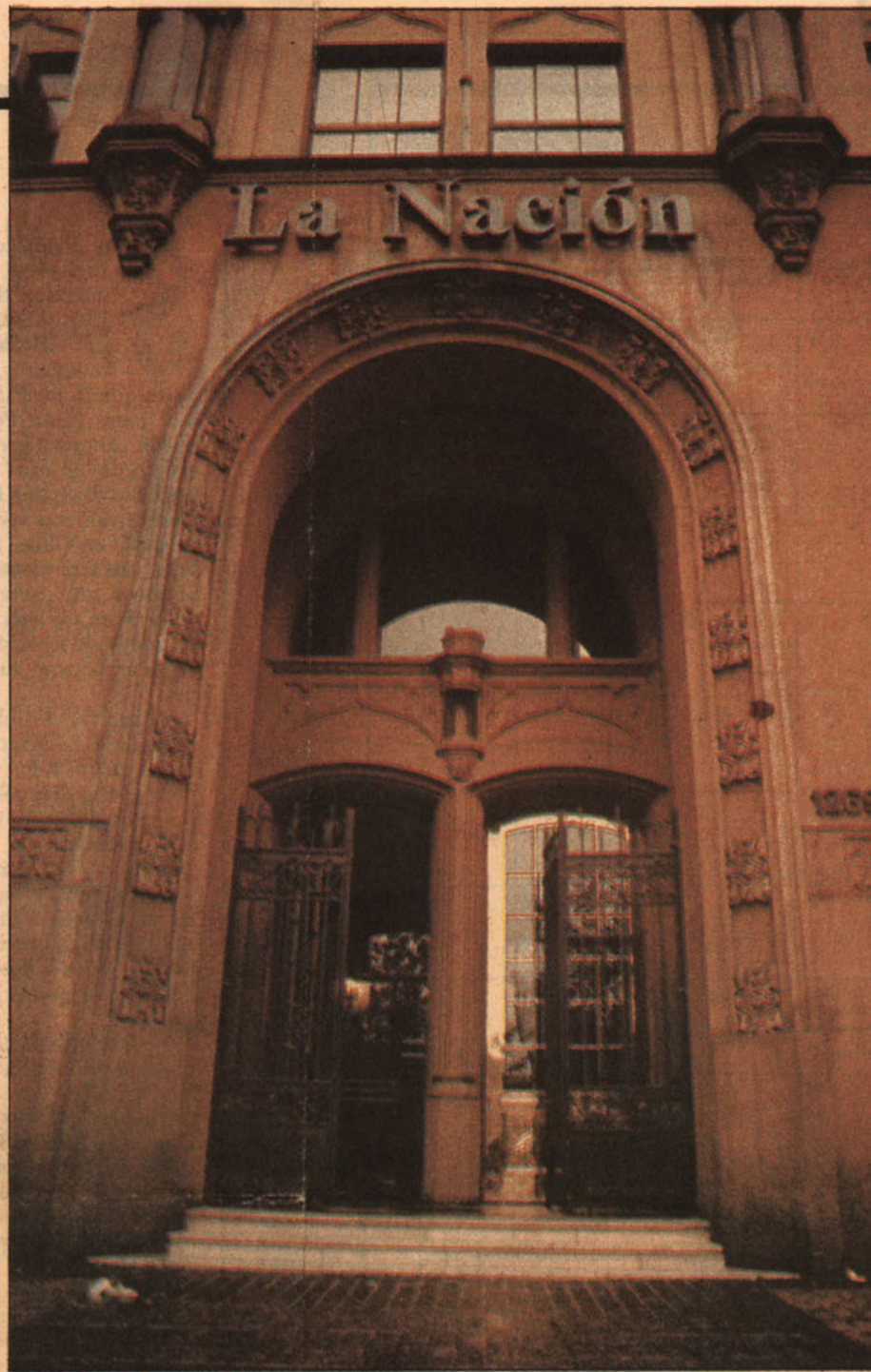
En 1927 LA NACION había alcanzado la primera circulación de la prensa nacional. Se resistía a prestar colaboración a la dictadura de Ibáñez y quienes escribían en sus columnas eran notorios opositores. Don Eliodoro permanecía en la redacción de la mañana a la noche. Se había convertido en el único propietario. Leía y corregía todo lo que se publicaba. Ponió especial ojo en los artículos de fondo, destinados a orientar a la opinión pública.

El poderoso ministro de Ibáñez, Pablo Ramírez —que detestaba a Yáñez—, urdió un plan maquiavélico para arrebatarle el diario. Acumuló presiones financieras y alegó cuantiosas deudas de tributación. Luego estableció que el Fisco tenía todo derecho a expropiar LA NACION. Don Eliodoro no pudo resistir la presión.

Después de la venta existía el temor de que fundara otro órgano opositor y le obligaron a elegir el exilio. LA NACION se convirtió así en diario oficial de La Moneda, al servicio de los gobiernos y sin pensamiento propio. Según Joaquín Edwards Bello, "pasó a ser algo así como un ministerio. Fue un periódico convertido en petróleo o cosa parecida. Un chorro de oro. Llegaban nuevos directores y redactores. Mientras que los que se iban regresaban con sueldos triplicados y sin devolver siquiera los desahucios. Algo desastroso para la moral pública".

A la caída del régimen de Ibáñez, LA NACION fue clausurada y saqueada una buena parte de su patrimonio. El Presidente Alessandri

ordenó su nueva puesta en marcha. Repuso a los redactores que sobrevivían, pero conservó la propiedad establecida por Ibáñez. Era tarde para presentarle reparaciones y homenajes a don Eliodoro, su tenaz fundador. Había muerto. Yáñez se había casado con doña Rosalía Bianchi Tupper y era padre de cuatro hijos: tres mujeres, María Flora, Luisa y Gabriela, y un varón, Alvaro, pintor y escritor de grandes méritos. María Flora, la hija mayor, describe su físico: "Era excesivamente pálido y en él brillaban los ojos verde mar, acerados, un poco fríos, que parecían traspasar a los seres".



La entrada de LA NACION, en Agustinas 1269: la misma dirección donde partió hace 74 años. El sitio lo ocupaba entonces la vieja casona colonial de Francisco Bilbao.

—como el Mapocho— y valerosa activista de los derechos humanos. En abril, estrenarán una obra suya sobre la vida de la escritora María Luisa Bombal. Actualmente dedica casi todo su tiempo a escribir una biografía de Clotario Blest.

Es una mujer cordial, de charla fluida, que rehusa hablar de sí misma porque "ahora se trata de mi abuelo". —Mi madre,— dice— la escritora María Flora Yáñez, rendía culto fervoroso a su padre. Era la hija mayor y la mejor testigo de sus quebrantos de los últimos años. Escribió un libro llamado *Historia de mi vida*, publicado en 1980 en el que le dedica capítulos enteros.

Mónica, casada con el arquitecto Fernando Castillo Velasco, ex rector de la Universidad Católica, madre de cuatro hijos y abuela de cinco nietos, es profesora, dramaturga, fundadora del conjunto Ictus e incansable animadora de centros culturales

## Mónica Echeverría Yáñez "Mi abuelo era un liberal avanzado"

La nieta del fundador dice que el diario llegó a ser lo más importante de la vida de don Eliodoro y que cuando se lo expropiaron fue "como la muerte de un hijo".

LUIS ALBERTO MANSILLA

A pesar de que era una niña de cortos años a Mónica Echeverría Yáñez no se le ha diluido el recuerdo del abuelo muerto en 1932. Puede revivir su figura en la casa familiar de calle San Antonio con Esmeralda, un sector de la ciudad que no era apreciado por las "buenas familias" de la época por su proximidad al Mapocho y al Mercado Central.

Mónica, casada con el arquitecto Fernando Castillo Velasco, ex rector de la Universidad Católica, madre de cuatro hijos y abuela de cinco nietos, es profesora, dramaturga, fundadora del conjunto Ictus e incansable animadora de centros culturales

Luego recuerda que fue bautizada por el arzobispo Crescente Errázuriz, por cuya investidura don Eliodoro hizo campaña pública y a quien le ligaba una entrañable amistad desde sus años estudiantiles. Era inusitado que un arzobispo cumpliera personalmente con tales ceremonias. La explicación la dio ese mismo día Errázuriz: "Así se hace con los hijos de los príncipes y había que no olvidarlo en este caso porque se trata de una nieta de un príncipe de la inteligencia".

—¿Y era de verdad un hombre inteligente? —Era indiscutiblemente inteligente y, además, de una ilustración impresionante. Citaba de memoria a gran cantidad de autores griegos y latinos y recitaba estrofas de capítulos enteros de *La Divina Comedia*. No obstante no era orador de multitudes y creo que a sus colaboradores les parecía frío y demasiado lacónico.

—¿Hacia vida familiar? —Lo conocí en sus últimos años, cuando ya era viejo. Puedo decir que puertas adentro era un abuelo tierno que se esforzaba, además, por entender el universo de la familia. Mi madre era su hija favorita y creo que heredó su carácter.

—¿Qué rasgos tenía ese "carácter"? —Tal vez cierta parquedad en la manera de ser. No demostrar mucho los sentimientos. No usar jamás términos vulgares ni hablar mal del castellano. Desterrar los chismes y pelambres por inofensivos que fueran. No rendir excesivo culto a los bienes materiales.

—¿Era religioso? —No. Era un sólido ateo. Pero no hacía ostentación de eso y tenía aprecio por la Iglesia como institución. Aceptó que la familia fuera bautizada para no contrariar a su esposa que sí era católica.

—¿Cómo lo definiría en sus ideas políticas? —Era un liberal avanzado. El decía "soy moderado en la forma y avanzado en el fondo". Obviamente se le reconocía como el líder de la Alianza que privilegiaba la unidad de acción con los radicales y los demócratas y que no tenía ninguna relación con el Partido Conservador.

—Además de su condición de relevante político, de exitoso abogado, ¿se podría decir que era un periodista? —La verdad es que más bien era un publicista con pasión por la prensa. Nunca fue director de LA NACION. Pero tenía un ojo extraordinario para elegir a sus colaboradores y un

gran respeto por el periodismo como profesión. Escribía artículos de redacción y cuando le asignaban el título de periodista respondía "soy sólo dueño y administrador de un diario. No hay que confundir los oficios".

—¿Le dolió perder el diario? —Pienso que el diario había llegado a ser lo más importante de su vida. Su pérdida fue un dolor del que no se recuperó jamás. La dictadura de Ibáñez le obligó a venderlo al Fisco. Recibió sólo cuatro millones de pesos por el edificio, la maquinaria y todo. Pero no era el dinero —que nunca le importó mucho— lo que le hacía sufrir.

—¿Era la pérdida de un poder? —Más que eso: era como la muerte de un hijo. Además, le dieron a elegir des-

—¿Su abuelo llegó a ser un hombre rico? —Ganó dinero con su profesión de abogado. Adquirió el fundo Lo Herrera, que daba buena producción. No creo que haya incrementado su fortuna con LA NACION. Siempre estaba ampliando el edificio y adquiriendo nuevas maquinarias. Prefería que las crónicas interesantes desplazaran a los avisos.

—¿La familia siguió incrementado la fortuna? —No. Todos fueron bajando hacia la clase media pobre después de consumir los bienes heredados. Tenían más bien cierto rechazo al dinero. Sus tres hijas desempeñaron profesiones poco lucrativas. Y su único hijo, Alvaro, era un escritor vanguardista que firmó sus escritos como Juan Emar. El valor de su obra recién ha sido descubierto

—¿Por qué? —Creo que su papel fue detestable durante mucho tiempo. Era un boletín del gobierno de turno. Nada dijo por ejemplo en su oportunidad de la detención y malos tratos a mi madre, a pesar de que ella se dirigió a toda la prensa para hacer la denuncia. Creo que la prensa oficialista ha hecho crisis en todo el mundo. Se ha impuesto la diversidad, la po-

pués entre una confinación en la Isla de Pascua y el exilio.

—¿Prefirió el exilio? —Era un hombre de 67 años entonces. Estuvo muy sólo en Francia y en Alemania. Regresó en 1931 después de cuatro años. Apenas llegó intentó recuperar el diario. Hizo gestiones jurídicas, presentó querrelas, entabló juicios. Fue inútil. Murió al año siguiente.

—¿Recuerda sus funerales? —Con mucha nitidez. Fueron imponentes. Concurrieron incluso quienes le habían traicionado. Miles de personas partieron a pie desde su casa de calle San Antonio al cementerio.

—¿Y considera que LA NACION ha cambiado ahora? —Mucho. Es un diario interesante, con mucha información, nada de oficialista. Un cambio del cielo a la tierra que ayuda en esta transición a la democracia. Creo que tiene todavía millares de lectores potenciales. Es cuestión que descubran, como yo, que efectivamente ha cambiado y que es en la actualidad un diario excelente.

—¿En el espíritu de Eliodoro Yáñez? —Sí. Avanza en el espíritu de Eliodoro Yáñez.

—¿En el espíritu de Eliodoro Yáñez? —Sí. Avanza en el espíritu de Eliodoro Yáñez.

—¿Su abuelo llegó a ser un hombre rico? —Ganó dinero con su profesión de abogado. Adquirió el fundo Lo Herrera, que daba buena producción. No creo que haya incrementado su fortuna con LA NACION. Siempre estaba ampliando el edificio y adquiriendo nuevas maquinarias. Prefería que las crónicas interesantes desplazaran a los avisos.

—¿La familia siguió incrementado la fortuna? —No. Todos fueron bajando hacia la clase media pobre después de consumir los bienes heredados. Tenían más bien cierto rechazo al dinero. Sus tres hijas desempeñaron profesiones poco lucrativas. Y su único hijo, Alvaro, era un escritor vanguardista que firmó sus escritos como Juan Emar. El valor de su obra recién ha sido descubierto

—¿Por qué? —Creo que su papel fue detestable durante mucho tiempo. Era un boletín del gobierno de turno. Nada dijo por ejemplo en su oportunidad de la detención y malos tratos a mi madre, a pesar de que ella se dirigió a toda la prensa para hacer la denuncia. Creo que la prensa oficialista ha hecho crisis en todo el mundo. Se ha impuesto la diversidad, la po-

pués entre una confinación en la Isla de Pascua y el exilio.

—¿Prefirió el exilio? —Era un hombre de 67 años entonces. Estuvo muy sólo en Francia y en Alemania. Regresó en 1931 después de cuatro años. Apenas llegó intentó recuperar el diario. Hizo gestiones jurídicas, presentó querrelas, entabló juicios. Fue inútil. Murió al año siguiente.

—¿Recuerda sus funerales? —Con mucha nitidez. Fueron imponentes. Concurrieron incluso quienes le habían traicionado. Miles de personas partieron a pie desde su casa de calle San Antonio al cementerio.

—¿Y considera que LA NACION ha cambiado ahora? —Mucho. Es un diario interesante, con mucha información, nada de oficialista. Un cambio del cielo a la tierra que ayuda en esta transición a la democracia. Creo que tiene todavía millares de lectores potenciales. Es cuestión que descubran, como yo, que efectivamente ha cambiado y que es en la actualidad un diario excelente.

—¿En el espíritu de Eliodoro Yáñez? —Sí. Avanza en el espíritu de Eliodoro Yáñez.

—¿En el espíritu de Eliodoro Yáñez? —Sí. Avanza en el espíritu de Eliodoro Yáñez.

—¿En el espíritu de Eliodoro Yáñez? —Sí. Avanza en el espíritu de Eliodoro Yáñez.

—¿En el espíritu de Eliodoro Yáñez? —Sí. Avanza en el espíritu de Eliodoro Yáñez.

—¿En el espíritu de Eliodoro Yáñez? —Sí. Avanza en el espíritu de Eliodoro Yáñez.

—¿En el espíritu de Eliodoro Yáñez? —Sí. Avanza en el espíritu de Eliodoro Yáñez.

—¿En el espíritu de Eliodoro Yáñez? —Sí. Avanza en el espíritu de Eliodoro Yáñez.

—¿En el espíritu de Eliodoro Yáñez? —Sí. Avanza en el espíritu de Eliodoro Yáñez.

—¿En el espíritu de Eliodoro Yáñez? —Sí. Avanza en el espíritu de Eliodoro Yáñez.

—¿En el espíritu de Eliodoro Yáñez? —Sí. Avanza en el espíritu de Eliodoro Yáñez.



Mónica Echeverría: "LA NACION avanza hoy en el espíritu de Eliodoro Yáñez".

Hugo Adonis